

Monición de entrada

“Uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua.” (Jn 19, 34)

Desde aquel instante, en el tiempo y para toda la eternidad, el Corazón de Nuestro Redentor quedó abierto como una puerta que nos lleva al camino de Nuestra Salvación; herida de amor de la cual brotan sin cesar sangre y agua, dos elementos esenciales para la vida en este mundo y para la vida en la eternidad.

Si te pudieras imaginar a ti mismo en aquel momento del Calvario, viendo a Cristo pendiendo de la cruz, derramando hasta la última gota de sangre de su Corazón, lo que tus ojos verían sería solo una parte de lo que eso significa; la otra parte la experimentaría tu alma; por una parte viendo a Dios encarnado, hombre lastimado, humillado, sacrificado, dándose todo. Por la otra, un “sacrificio de amor”, entregó la vida voluntariamente, confiando en el plan Salvífico del Padre, salvándonos de la muerte eterna, porque, aunque en estos tiempos se hable poco de ello, lo eterno está, lo eterno existe; ayer, hoy, mañana y siempre; es lo eterno lo que no pasa.

Si regresamos al actuar del soldado vemos que él traspasó a Jesús, traspasó el costado del Salvador; ni aún en esos momentos, en los que tuvo frente a sí al Hijo de Dios, pudo reconocerlo, y sin delicadeza traspasó su corazón; en esta lanza véanse representados todos los pecados que siguen hiriendo en estos tiempos el Corazón del Maestro. Los pecados del mundo, nuestros propios pecados.

¿Y sabes lo que pasa mientras tú clavas esa lanzada en su corazón? Lo mismo que pasó hace dos mil años: brota de su costado sangre y agua; a cambio de tu pecado, a cambio de tu lanzada, te sigue ofreciendo el camino de la salvación; por el bautismo te hace Hijo de Dios, te limpia, te purifica con su sangre y agua; con su sangre te regala la Eucaristía, que es lo único que te da vida, la vida eterna.

Hoy, como hace 425, nuestra Hermandad camina hacia él, hacia esa puerta abierta que es el Corazón traspasado del Salvador. Porque en él está la vida eterna. Hoy, como ayer, hoy, como siempre. Entremos en el Corazón abierto del Redentor.

Primera lectura

Lectura del libro del Deuteronomio

8, 2-6

Recuerda todo el camino que el Señor, tu Dios, te ha hecho recorrer estos cuarenta años por el desierto, para afligirte, para probarte y conocer lo que hay en tu corazón: si observas sus preceptos o no. Él te afligió, haciéndote pasar hambre, y después te alimentó con el maná, que tú no conocías ni conocieron tus padres, para hacerte reconocer que no solo de pan vive el hombre, sino que vive de todo cuanto sale de la boca de Dios. Tus vestidos no se han gastado ni se te han hinchado los pies durante estos cuarenta años. Reconoce, pues, en tu corazón, que el Señor, tu Dios, te ha corregido, como un padre corrige a su hijo, para que observes los preceptos del Señor, tu Dios, sigas sus caminos y no temas.

Palabra de Dios.

R/. Te alabamos, Señor.

Salmo responsorial

17, 2-3a. 3bc-4. 47 y 51ab

V/. Yo te amo, Señor; tú eres mi fortaleza.

R/. Yo te amo, Señor; tú eres mi fortaleza.

V/. Yo te amo, Señor;
tú eres mi fortaleza;
Señor, mi roca,
mi alcázar, mi libertador.

R/. Yo te amo, Señor; tú eres mi fortaleza.

V/. Dios mío, peña mía, refugio mío,
escudo mío, mi fuerza salvadora, mi baluarte.
Invoco al Señor de mi alabanza
y quedo libre de mis enemigos.

R/. Yo te amo, Señor; tú eres mi fortaleza.

V/. Viva el Señor, bendita sea mi Roca,
sea ensalzado mi Dios y Salvador.
Tú diste gran victoria a tu rey,
tuviste misericordia de tu ungido.

R/. Yo te amo, Señor; tú eres mi fortaleza.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Tesalonicenses

1, 5c-10

Hermanos:

Sabéis cómo nos comportamos entre vosotros para vuestro bien. Y vosotros seguisteis nuestro ejemplo y el del Señor, acogiendo la Palabra en medio de una gran tribulación, con la alegría del Espíritu Santo. Así llegasteis a ser un modelo para todos los creyentes de Macedonia y de Acaya.

No solo ha resonado la palabra del Señor en Macedonia y en Acaya desde vuestra comunidad, sino que además vuestra fe en Dios se ha difundido por doquier, de modo que nosotros no teníamos necesidad de explicar nada, ya que ellos mismos cuentan los detalles de la visita que os hicimos: cómo os convertisteis a Dios, abandonando los ídolos, para servir al Dios vivo y verdadero, y vivir aguardando la vuelta de su Hijo Jesús desde el cielo, a quien ha resucitado de entre los muertos y que nos libra del castigo futuro.

Palabra de Dios.

R/. Te alabamos, Señor.

Evangelio



Lectura del santo Evangelio según san Mateo

22, 34-40

En aquel tiempo, los fariseos, al oír que Jesús había hecho callar a los saduceos, se reunieron en un lugar y uno de ellos, un doctor de la ley, le preguntó para ponerlo a prueba:

«Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la ley?».

Él le dijo:

«“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente”.

Este mandamiento es el principal y primero. El segundo es semejante a él:

“Amarás a tu prójimo como a ti mismo”.

En estos dos mandamientos se sostienen toda la Ley y los Profetas».

Palabra del Señor.

R/. Gloria a ti, Señor Jesús.

Homilía en la Solemne Eucaristía de Acción de Gracias por el CDXXV Aniversario Fundacional de la Hermandad de la Sagrada Lanzada.

Sábado, 24 de octubre de 2020.



Recorrido histórico.

Marineros y armadores de las gabarras de Triana, Convento del Espíritu Santo en aquella orilla del río. Buena Señora que guía el rumbo de las barcas, como guía los caminos de sus hijos con el aliento de la sonrisa y permaneciendo firme junto a la Cruz. San Nicolás, Guía y Lanzada. Y es que la vida nos hace entender que la cruz es camino de Salvación. Camino que, teniendo por guía a María, nos lleva al buen fin de nuestra existencia. Barrio de la Feria, calle Relator, San Basilio. Guía, Lanzada y Buen Fin.

Queriendo hundir nuestra imaginación en los convulsos orígenes de lo que hoy es nuestra Hermandad, podemos suponer lo difícil que tuvo que ser para aquellos primeros cofrades la creación de estas iniciales corporaciones, débiles en sus recursos, inestables en sus sedes, retadas constantemente por tiempos cambiantes y complejos.

Reinaban los Austrias. Felipe II agotaba su vida, pero España se posicionaba como primera potencia mundial. Y es que los hombres pasan, pero dejan para Dios y la historia sus logros y conquistas, a pesar de sus debilidades y pecados. Ocupaba la sede isidoriana el Cardenal Rodrigo de Castro Osorio, por cuyas manos pasaron sin duda aquellas primeras reglas de las que hoy celebramos su aprobación.

A partir de ahí, se empieza a escribir en las hojas del tiempo la andadura de esta Hermandad, adornada con bellas estampas que acariciaron su rostro, así como del sufrimiento provocado por epidemias, invasiones, guerras, crisis y desamortizaciones.

Los franceses expoliaron a la Hermandad en San Basilio. En San Marcos tuvo que resurgir encargando a Juan de Astorga un nuevo y bello rostro para la Virgen del Buen Fin. En San Francisco de Paula tocamos a Dios por las manos de Juan de Mesa. En el Convento del Santo Ángel, Martínez Montañés nos enseñó su visión de Cristo Crucificado. En San Román dimos color a la Semana Santa, dejando el

negro de cola y adoptando el rojo y crema que soñamos cada Miércoles Santo. En San Gregorio, un joven Illanes nos dio su mejor obra, nuestro Cristo. Y en San Martín, volviendo al barrio de nuestros orígenes, Dios se hizo Eucaristía y María se nos hizo Esperanza.

Nuestra Hermandad, fruto de la historia.

Diez reglas se han sucedido desde aquellas primeras de 1595; hemos pasado por nueve sedes distintas; cinco veces se ha reorganizado la corporación superando así otras tantas crisis; seis imágenes del Crucificado han servido para que los fieles, a lo largo de 425 años, encuentren la puerta abierta del Corazón de Cristo; de caballos, hemos perdido la cuenta; hemos efectuado nuestra Estación de Penitencia desde el Martes Santo hasta el Sábado Santo, pasando incluso por la Madrugada. Hemos tenido centuria romana, coros de niños con atributos pasionistas, trompetas dolorosas, muñidor, hasta once imágenes en el misterio...

En el transcurso de los tiempos, seis corporaciones distintas se han ido fusionando hasta llegar a ser lo que hoy somos: La Hermandad de la Sagrada Lanzada. Donde Cristo crucificado abre su pecho para derramar la vida por nosotros, donde María es Guía, Esperanza y Buen fin de cuantos la imploran, donde una espina sigue clavada en las divinas sienes, para recordarnos que Cristo es rey de vivos y muertos, donde las coplas de Miguel Cid resuenan en el susurro de la brisa de diciembre, donde la máxima belleza del discípulo a quien Jesús tanto amaba nos hace entender la importancia de la juventud en el seguimiento al Maestro, donde San Martín sigue partiendo su capa para vestir con dulzura y misericordia al que pasa por esta casa.

La historia, lugar donde Dios habla.

En la historia Dios nos muestra su amor de forma concreta y tangible. En la historia se mezcla el pecado, la rebeldía, la misericordia, la compasión. Cuando andamos inmersos en ella, nos pasa como a los discípulos de Emaús, que Jesús viene con nosotros y no lo reconocemos. Por eso, hoy, nos sentamos a la Mesa, dejamos que él parta el pan y lo conocemos en el darse de tantos buenos cofrades de nuestra historia, hombres y mujeres que tuvieron miras altas, y pusieron a la Hermandad por encima de criterios, gustos y pareceres personales; hombres y mujeres que, a pesar de sus debilidades y

pecados, ofrecieron aunque tan sólo fuera una oración al Señor de la Lanzada o a su bendita Madre, haciendo que toda esta historia tuviera sentido y mereciera la pena.

Hoy seguimos haciendo historia.

No somos quizás del todo conscientes del papel de suma responsabilidad que los cofrades tenemos hoy ante nosotros, mientras se escribe una página tan dura y difícil de la historia universal. Ante la crispación, el desánimo, la desolación, recordamos las palabras del apóstol Pablo: “a los que creen en Dios todo les sirve para el bien” (Rom. 8, 28a). Por eso, renovamos hoy nuestra confianza en Dios, que aún en los momentos que no comprendemos el sentido de los acontecimientos de nuestra vida, sabemos que no deja de acompañarnos, alentarnos y alimentarnos.

Nuestra Hermandad se ha enfrentado en el pasado a situaciones aún más duras que ésta, y con la ayuda del Señor, siempre las ha superado. No se trata de lamentarnos por lo que nos acecha, sino de implorar al Espíritu Santo que nos descubra el camino que debemos recorrer, las puertas que debemos abrir, el horizonte que debemos conquistar. Reto y tarea para el hombre de hoy, para la Iglesia de hoy, para nosotros, hermanos de la Lanzada. Mirar el pasado no puede hacernos soñar con esplendores perdidos o realidades idealizadas. Mirar el pasado nos hace descubrir la mano de Dios y apoyarnos en ella para seguir caminando hacia el futuro, con la única y permanente regla de “amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente”, sabiendo que esto se consigue sólo “amando al prójimo como a uno mismo” (Cf. Mt. 22, 37.39).

Todo lo que en la historia no se ha hecho por amor a Dios y al prójimo, supone una vergüenza, una pérdida de tiempo, y también una experiencia para sentir la corrección divina y no volver a caer en ello.

Abrazo eterno de amor.

Decía el Papa Francisco hace unos días: “Los brazos de Jesús, abiertos en la cruz, marcan un punto de inflexión, porque Dios no señala con el dedo a nadie, sino que abraza a todos. Porque sólo el amor apaga el odio, sólo el amor vence a la injusticia. Sólo el amor deja lugar al otro. Sólo el amor es el camino para la plena comunión entre nosotros”.

“Pidamos a Dios crucificado la gracia de estar más unidos, de ser más fraternos. Y cuando estemos tentados de seguir la lógica del mundo, recordemos las palabras de Jesús: «Quien quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará» (Mc 8,35). Lo que a los ojos de los hombres es una pérdida, para nosotros es salvación. Aprendamos del Señor, que nos ha salvado despojándose de sí mismo (cf. Flp 2,7), haciéndose otro: de Dios hombre, de espíritu carne, de rey siervo. También a nosotros nos invita a “hacernos otros”, a ir al encuentro de los demás. Cuanto más unidos estemos al Señor Jesús, seremos más abiertos y “universales”, porque nos sentiremos responsables de los demás. Y el otro será el camino para salvarse a sí mismo.”

Por eso, nosotros hoy miramos a Cristo Crucificado, el Señor de la Lanzada, y nos dejamos abrazar por Él, queremos adentrarnos en su pecho, manantial de vida eterna, que la lanza del pecado sigue abriendo para nosotros, porque “donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia” (Rom. 5, 20). En ese abrazo de Dios que hoy recibimos, ponemos a los hombres y mujeres que hicieron la historia de nuestra Hermandad, los que desde San Nicolás hasta San Martín forman tramos de túnica negra de cola, o de rojo y crema con capa, y han culminado ya su Estación de Penitencia entrando por la puerta siempre abierta del costado del Redentor.

Abrazo eterno de Dios en su Hijo Jesucristo, crucificado por nosotros y traspasado por la lanza. Abrazo que en estos tiempos de pandemia y de crisis necesitamos sentir más que nunca. Abrazo que nos cubre con su misericordia, y nos hace caminar decididos, sabiendo que la que estuvo de pie junto a la cruz es nuestra guía. Abrazo que nos hace sentirnos esperanzados en Dios y decir con el salmista: Yo te amo, Señor, tú eres mi fortaleza.

Y es que las Hermandades son más que sus hermanos, más que sus sedes, más que sus imágenes. Las Hermandades son un abrazo de Dios al pueblo que peregrina por la historia, al hombre concreto y cercano, al prójimo, que en la fraternidad puede recibir el amor de Dios y así optar a la salvación.

Oración final.

Te damos gracias, Señor de la Lanzada, porque hemos visto tu pecho abierto en las vidas de tantos y tantos que nos han amado en tu nombre.

Te damos gracias, Señor de la Lanzada, porque no dejas de invitarnos a entrar en los divinos misterios de tu amor, ofreciéndonos un torrente de vida que nos da fuerza para seguir adelante.

Te pedimos, Señor de la Lanzada, que perdones nuestros pecados, que los laves con el agua pura que brota de tu costado, que nos ayudes a ser fieles a la misión recibida.

Te ofrecemos, Señor de la Lanzada, nuestras vidas, lo mejor de nosotros, para que lo uses en beneficio de tu Iglesia, y lo peor de nosotros también, para que nos hagas experimentar que tu amor lo transforma todo, todo lo purifica.

Que tu Madre, Santa María, sea la que guíe nuestros pasos y nuestros corazones, la que nos mantenga en ardiente esperanza, hasta que podamos llegar hasta ti, buen fin de nuestras vidas.

Que en nuestra Hermandad, como María nos enseña, podamos llegar a amarte a ti, el único Señor, con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente, y a nuestro prójimo, como a nosotros mismos. Y solo así, sigamos haciendo historia.

Oración de los fieles

Para que la Iglesia llegue a ser una verdadera comunidad de amor fraterno, y sea instrumento de Dios para que desaparezcan los odios, los celos, las venganzas, las divisiones, y sea así posible crecer en el amor, roguemos al Señor.

Por los responsables de dirigir los destinos de los pueblos y las autoridades, para que superen la tentación egoísta de la corrupción y pongan todos los recursos del estado en favor del hombre, roguemos al Señor.

Por la salud de los enfermos, la fortaleza del personal sanitario, el consuelo de las familias y la salvación de todas las víctimas que han muerto a consecuencias de la pandemia actual. Roguemos al Señor.

Por los miembros de nuestra Hermandad, amigos y bienhechores difuntos, para que estén con Cristo, a cuya imagen fueron creados, roguemos al Señor.

Por nuestra Hermandad de la Sagrada Lanzada, para que nuestra historia, la Palabra de Dios y la Mesa de la Eucaristía, nos ayuden a crecer en la alabanza y en la gratitud a Dios, y nos impulsen a servirlo con nuestras vidas, roguemos al Señor.